

BIBLIOTECA
DE LA
JUVENTUD





00040668

SC-247 10-256



ESCENAS DE LA VIDA INDIA.

BIBLIOTECA DE LA JUVENTUD.

Año 1933

90x140
X ESCENAS

DE LA

VIDA INDIA

REFERIDAS Á LOS NIÑOS

20.247



90x140

LIBRERÍA DE LA VDA DE CH. BOURET

PARIS

23, Rue Visconti, 23

MÉXICO

Avenida del Cinco de Mayo, 43

1909

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ESCENAS DE LA VIDA INDIA

INTRODUCCION

Jóvenes y queridos lectores, vamos á hacer juntos un inmenso viaje y explorar el magnífico suelo de las dos Américas. Apenas ocuparemos tiempo en desembarcar para atrevesar tan rápidamente como sea posible las comarcas ocupadas por las naciones civilizadas que importaron de la Europa metrópoli la agricultura, el comercio, parte de las costumbres y usos de los países que habitamos. Lo que ne-

cesitamos nosotros son los prados, las llanuras infinitas, los ganados de bisontes que pasan como un torbellino fantástico, esos caballos salvages que recorren un suelo virgen en que verdea una vegetacion frondosa; lo que necesitamos es una hora de vida ficticia entre las tribus indias, en medio de esas hordas salvages, entre los hombres del desierto cabalgando con la lanza en el puño como nuestros caballeros de los antiguos siglos y fumaremos juntos la pipa de paz á la sombra de sus wigwams.

Despues atravesaremos el itsmo que separa los dos continentes del Nuevo-Mundo para explorar la zona tropical, las selvas virgenes y navegar en los rios cubiertos de enredaderas en que pasa la canoa de cortezas, que hiende la onda sin ruido y desliza como el ave nocturna en el aire. Y cuando hayamos recorrido la sábana y las Pampas volveremos, con el alma serena, á descansar á la sombra de una mision hasta la hora en que el navio que debe traernos á nuestra patria levante su áncora y nos transporte con nuestros re-

cuerdos allí donde vivieron nuestros antepasados.

¡ Tal es la imágen de la vida ! Feliz el que, desembarazado de la codicia, sabe aprovecharse de sus viajes y, tomando útiles lecciones de los sucesos de que fué testigo, abre su corazón á las revelaciones de la Providencia. Este sabe leer el libro de Dios y reconocer al Criador en su obra. Esperará á la sombra del campanario el término de su viaje sobre la tierra, impaciente de descansar al lado de su padre. ¡ Ojalá encuentre este pensamiento un recuerdo fiel en nuestros corazones !

I

PRELIMINARES

Desembarcamos, despues de una magnífica travesía, en ese Eden tan deseado que se llama la América. Todos los ensueños de mi juventud me trasportaban allí hacía mucho tiempo, tenia sed de poner mis pies impacientes en el suelo del Nuevo-Mundo, de contemplar los prados, de atravesar las sábanas, de ver á esos famosos salvages de atléticos miembros, de cuerpo y rostro pintados, de quienes habia yo leido tantas relaciones maravillosas.

Y la naturaleza revestia allí una fisonomía particular; en vez de nudosos robles

asidos á los terrenos de la vieja Europa, en vez de torcidos castaños y de achaparrados olmos, iba yo á recorrer las selvas vírgenes, sentarme á la sombra de gigantescos árboles, y atravesar espesuras de enreraderas entrelazadas.

No era ya mi bella Francia de la cual me separaba el Océano; no se debía ya pensar en los arenales de la Bretaña, purpúreos en el otoño, en esas llanuras de brezos pobladas de habitantes miserables, en esos campos cerrados por setos detrás de los cuales se oye vibrar el sonido melancólico de una campanilla suspendida al cuello de la vaca madre ó el canto monótono de un pastor; iba á ver pasar ganados de bisontes, de gamos ó de antilopes, bandas de caballos salvages, y detrás de estos rápidos torbellinos traslucía ya con mi pensamiento el perfil de un Indio que los perseguía blandiendo su terrible lazo.

Todo esto se presentaba á mi vista, no como esos ensueños que se persiguen sin esperanza, sino como un hecho actual y cuya realidad se hallaba á mi alcance. Tras ese

ardiente deseo habia sin embargo algunos terrores ; si el salvage de las praderas me parecia bello en la poesia de su existencia libre é indolente, el relato de los viajeros no prometia relaciones agradables desde el principio con esos hombres de la naturaleza y que la conquista europea, brutalmente ejecutada, ha hecho hostiles á los hombres de nuestro color.

Ahora que los tocaba, por decirlo así, con los dedos, veía aparecer una amenaza, el aparato terrible y casi fabuloso de sus crueldades : me estremecia de pavor ante el madero de los tormentos y me tocaba con espanto mi cabellera que, un dia ú otro, podia serme arrancada con la piel. ¿Podia yo lisonjearme de salir intacto de un pueblo de caníbales ?

Hallábame sumergido en estas reflexiones cuando el silbato del capitan señaló una maniobra. Se arrojaba el áncora en una pequeña ensenada al rededor de la cual se eleva, en una colina, perceptible apenas, un pueblecito de los Estados-Unidos. Es un lugar insignificante poblado de pescadores y de algunos de esos famosos

cazadores de castor, que es hoy ya tan escaso, y abastecen los mercados de pieles. Un pequeño fuerte, armado de seis cañones y defendido por una compañía de infantería, forma toda la fuerza militar del canton. Es el límite extremo de la república americana; hállase marcado por un riachuelo insignificante, allende el cual se estiende el país savage.

Bajamos á tierra, venian conmigo un jóven sacerdote, pariente de mi familia un anciano Breton, viajero incurable, que habia pasado ya quince años de su existencia en aquellas comarcas, y cuyos maravillosos relatos habian contribuido no poco á despertar en mí el ardiente deseo del viaje, y mi perro de Terra-Nova llamado Sultan. Llevábamos siete cajas voluminosas y pesadas llenas de armas, de bujerias, de objetos de cobre, municiones, y el abate llevaba además un saco enorme en el cual cuidaba con esmero una caja de pintura y un album.

El anciano Breton tenia tambien un enorme fardo, que él llamaba su menaje,

y se componia de una tienda de campaña, un trebedes, un caldero, hamacas, cuerdas, estacas y cobertores, cosas esenciales en las que probablemente el abate ni yo habriamos pensado, ignorando la vida práctica. — Bajamos pues del buque y fuimos á acampar, desde el primer dia, á las márgenes del riachuelo. mientras el anciano Breton compraba los tres caballos y las dos mulas que nos eran indispensables para comenzar la existencia aventurada y errante á la cual ibamos á entregarnos.



II

LA PRADERA

El día siguiente nuestra caravana se ponía en marcha, precedida de Sultan. El abate, el Breton y yo íbamos montados en caballos flacos, llenos de brio y que nos costaban una módica cantidad de dinero. Dos mulas cargadas con nuestros bagajes caminaban tranquilamente en medio de nosotros.

Había yo suspendido á la cadena de mi reloj una brujulita muy sensible y que yo consultaba con atencion.

El abate contemplaba la pradera y el anciano Breton examinaba la vegetacion y el suelo. El sol se asomaba al horizonte detrás

de rojizas fajas, á nuestro frente se estendia una llanura inconmensurable, lisa como un cristal y que presentaba una perspectiva uniforme, en lontananza un resto de niebla ligera volaba con el viento que parecia correr tras la luz. El Breton me miró y sonrió.

Divertíase en verme consultar mi brújula, pues la vida solitaria le habia enseñado lo que yo ignoraba, esto es, que el Creador ha sembrado con profusion en la naturaleza instrumentos de física, no graduados, pero de mucha mas precision que los que inventa el génio del hombre: el Breton no necesitaba brújula para orientarse.

Marchábamos lentamente á causa de los bagages que retardaban el paso de las mulas: el abate leia su breviario y el Breton interrogaba el espacio buscando en lontananza un albergue en que pudiéramos acampar: solo mi perro se aventuraba trotando en medio de las yerbas, que eran cada vez maz grandes. El sol subia en el horizonte, amenazando inundarnos pronto con sus rayos perpendiculares, cuyos efectos no podemos sospe-

char nosotros los europeos. El anciano Breton tomó pronto la palabra.

— Ved V., Mariaker, me dijo mostrándome con el dedo una especie de mamelon cuya redondez se dibujaba apenas en la perspectiva, allí acamparemos esta noche.

— Cree V. Ivon ? le repliqué ; pero me parece que debemos llegar á ese lugar temprano y hacer alto para almorzar.

El abate cerró su breviario y lo puso en el saco de su anteojo suspendido á su costado y de donde acababa de sacar el instrumento de óptica. Dirigiólo hácia el mamelon y una sonrisa recorrió su dulce rostro.

— El lugar se halla ocupado, nos dijo, pero no falta espacio. Vea V. Mariaker.

El abate me dió el anteojo y me puse á examinar con curiosidad el mamelon.

Encima del otero que parecia inmenso pero cuyos detalles no se podian distinguir aun, vislumbraba una pequeña columna azulada que subia perpendicularmente en la atmósfera y que Ivon nos dijo, sin auxilio del anteojo, era la hoguera

de un bivac de cazadores ó de Indios, despues una niebla parda que flotaba cerca de la tierra y que, segun él, anunciaba infaliblemente la presencia de un curso de agua, manantial ó riachuelo, en la base del mamelon. Me parecia apercibir además sobre este otero la forma indecisa de algunos arbustos.

Entre tanto, el sol continuaba ascendiendo en el cielo y el calor de sus rayos era mas y mas intenso, el ojo perspicaz del Breton interrogaba la llanura buscando un lugar favorable para hacer alto. De repente le vimos hacer una señal y tomar la carabina suspendida á la silla de su caballo; Sultan permanecia inmóvil y con los ojos inflamados ante un espeso matorral, que parecia agitarse con violencia y gruñia sordamente. El Breton avanzó hácia el matorral, al que se lanzó Sultan con furor. Vimos un hermoso gamo que se escapó, atravesando de un salto ligero las espesas yerbas, despues resonó el disparo de la carabina y el animal cayó postrado sin vida.

Esta magnífica é inesperada presa de-

cidió al Breton. Nos apeamos de nuestros caballos que, libres de sus frenos, se pusieron á pacer tranquilamente al rededor de nosotros; depues el Breton plantó cuatro estacas para levantar la tienda, encendió la lumbre y nos pusimos á preparar nuestro primer almuerzo en la pradera.

Sentíamonos felices y orgullosos de ser hombres, elevábamos nuestras almas hácia el Criador cuyo poder admirábamos. Aquel grande espectáculo del inmenso desierto que se estendia sin límites ante nosotros y en que parecíamos tan pequeños, aquella infinita quietud, aquel profundo silencio en que nuestros movimientos no formaban eco, todo nos predisponia á los pensamientos religiosos. Disfrutábamos con ahinco de esa libertad del desierto cuya tranquilidad no saborea el hombre civilizado, y los esplendores de la civilizacion nos parecian muy pequeños.

Y sin embargo, no podíamos menos de pensar en las conmovedoras escenas que habian ensangrentado aquellos lugares tan apacibles, y el pensamiento del Indio feroz me perseguia como una pesadilla.

III

LOS PRIMEROS INDIOS.

No entraremos en los detalles de este festin primitivo consumado en las altas yerbas y despues del cual el anciano Breton se estendió sobre su cobertor invitándonos á imitarlo en su siesta hasta que la inclinacion del sol; entonces en toda su fuerza, nos permitiese ponernos en camino. Sultan, que adivinaba con su instinto perspicaz lo que íbamos á hacer, se habia deslizado cerca de nosotros, en lo mas espeso del matorral, en donde acababa de arreglar un albergue cómodo entre las yerbas cuyas cimas entrelazadas formaban como una bóveda sobre él. Dormimos de este modo hasta las cinco. Al despertar

vimos á Ivon en pié, acabando de plegar su tienda y colocándola en el dorso de sus mulas. Algunos minutos despues cabalgábamos en la llanura dirigiéndonos hácia el mamelon que habíamos observado en la mañana.

Marchábamos hacia apenas una hora cuando oímos hácia el poniente un sordo murmullo que parecia crecer acercándose á nosotros. El anciano Breton se apeó de su caballo y pegó el oido al suelo ; cuando volvió á montar á caballo, una sonrisa burlona se pintaba en sus labios.

— Tome V. su anteojo, señor abate, y mire de aquel lado, dijo señalando hácia el poniente. Ve V. algo ?

El abate se alzaba sobre los estribos interrogando el espacio.

— Veo, dijo, de repente, una larga línea negra que se mueve y serpentea en la llanura ; se acerca hácia nosotros pero oblicuamente y si nos alcanza debemos tenerla á nuestra izquierda.

El ruido sordo se convertia en un rumor mas intenso y semejante al que precede á un hucaran en su principio.

— Son ganados de bisontes perseguidos, seguramente, repuso el anciano Breton; si oyera disparos, creería que son batidos por cazadores canadinos ó del Arkansas, pero la caza es menos ruidosa é imagino que deben ser acosados mas bien por las lanzas de los Indios cuya lumbre apereció esta mañana en la colina con su humo imperceptible.

Viajamos en el territorio de caza de los Sioux, tribu poderosa, que no puede descuidar en esta estacion sus provisiones de invierno. Vamos, Mariaker, consuélase V., no tardará en apercibir pieles rojas; pero tranquilícese V. si mi antiguo amigo el gran jefe vive aun serémos bien recibidos por estos salvages y cazarémos el bisonte con ellos.

— Conoce V. á los Sioux, Ivon? preguntó el abate; quizás sabe V. su lengua...

— Tengo mi hermano, el lobo que ahulla, jefe de la tribu; hemos vivido cerca de un año juntos y sus guerreros eran mis amigos, replicó el anciano Breton; estarémos con ellos como en casa.

Esta confianza del Breton me tranquili-

zaba ; no me nallaba precisamente bajo el imperio del terror, pero sufría esa angustia que nos oprime al acercarse lo desconocido.

El sol descendía al horizonte, las sombras se prolongaban y oíamos cada vez con mas claridad el ruido de una tropa innumerable que corría con insensato galope. Muy pronto esta banda enloquecida se apareció, plegando las altas yerbas, á veinte metros de nosotros, despues su largo cordon se desarrolló majestuosamente en la llanura. Entonces vimos en su flanco cierto número de ginetes armados de flechas y de lanzas y á corta distancia, detrás, otros ginetes siguiendo sus huellas marcadas por numerosas victimas.

La carabina del anciano Breton dejó oír su voz, á la cual respondió un ahullido como nunca lo habia yo oído en mi vida ; acababa de derribar un bisonte en la relaguardia de la banda, y este acto habia llamado sobre nosotros la atencion de los salvages que, entregados enteramente á la caza, no nos habian apercibido al principio.

Entonces vimos desprenderse varios del grupo y venir hácia nosotros.

A todo evento, tenia yo en la mano mi pañuelo blanco desplegado en señal de paz.

Los ginetes se acercaron á nosotros mirándonos de frente, con esa mirada fija y penetrante propia á los hombres del desierto ; uno de ellos fijaba su mirada en el rostro de Ivon. De repente le vimos apearse de su caballo, razó apenas la tierra, saltó hasta el Breton y se puso á danzar á su rededor modulando un extraño canto en medio del cual repetia como refran dos palabras francesas : *L'ours gris* (el oso pardo).

Ivon no tardó en apearse á su vez y estos dos hombres se abrazaron como dos amigos de infancia demasiado dichosos de volver á verse.

Todos los ginetes se apearon entonces y nos rodearon.

Ivon nos dijo :

— Pueden hablar Vds., varios de ellos van á Quebec á comerciar con sus pieles y saben un poco el francés ; con señales que

comprenden fácilmente, se puede conversar ; probad, mucho me engañaría si no os comprendieran.

El salvage á quien habia abrazado le hablaba largamente y en un lenguaje cuyo sentido comprendiamos bastante bien.

— Mi hermano partió hace ya muchas lunas, le decia ; deciamos en nuestro pueblo : ha ido á dormir en los wigwams de los rostros pálidos y no volverá ya ; mi hermano *el oso pardo* ha vuelto con otros dos rostros pálidos de su tribu, el vestido negro, uno de los sacerdotes del Grande Espíritu, y el ojo de vidrio ; festejarémos su vuelta.

El abate era el que el salvage designaba con el nombre de vestido negro, y á mí me llamaba ojo de vidrio, porque tenia un antejo; además designaba al abate como uno de los sacerdotes del Grande-Espíritu porque conocia á los misioneros establecidos en el alto Missouri y á los cuales los salvages tienen mucho respeto y veneracion.

— La Nube que suena es mi amigo, replicó el Breton en el mismo lenguaje, y no le he olvidado en mis viajes, con frecuen-

cia le he enviado mi pensamiento lo mismo que á mi hermano el lobo que ahulla.

— En dónde está mi hermano el lobo que ahulla ?

— El lobo que ahulla caza en las sábanas del Grande Espíritu, respondió el salvaje con siniestro clamor que repitieron en coro todos los de su tribu, y la Nube que suena es un grande jefe.

El salvaje se levantó y nos mostró sus mocasinos adornados con muchas cabelleras.

Sentosé de nuevo é hizo una señal. Sus guerreros se sentaron en círculo al rededor de nosotros y encendieron la pipa que aspiramos todos sucesivamente.

Asi supo Ivon la muerte de su amigo el lobo que ahulla y de otros varios guerreros Sioux, pero se le aseguró que encontraría aun en los campamentos y en el pueblo numerosos amigos de la tribu.

Una hora despues cabalgabamos en compañía de estos salvages en direccion del mamelon en que debíamos acampar con ellos durante algunas semanas.

IV

LA CAZA

El mamelon parecia un pueblo. En la base del otero corria un riachuelo hácia el oeste, y sus márgenes, cubiertas de sauces á los cuales se hallaban suspendidas varias pieles de bisonte y de gamo, estaban tapizadas de una yerba fresca y tupida que nuestros caballos, mezclados con los de los Sioux, pacian con voluptuoso apetito. Mujeres y niños habian acudido á nuestro encuentro, dichosos de verse bien acogidos por los rostros pálidos. El abate sobre todo se veia rodeado, no sabiendo los niños como manifestarle su ternura y las mujeres tocaban respetuosamente los pliegues de su sotana.

Cuando concluyó un rico festin, el abate fué á buscar en sus bagajes diversos presentes para sus nuevos amigos; á las mujeres daba rosarios y escapularios de que tenia un verdadero cargamento; á los niños distribuía medallas que estos miraban con indecible alegría. Ivon y yo habíamos sacado de nuestras maletas algunos objetos de cobre ó de vidrio que nos apresuramos á ofrecerles. Cuando concluyó la comida, mujeres y niños, adornados de estos diversos presentes, se pusieron á ejecutar al rededor de las hogueras una danza sencilla en que espresaban su alegría con agudos gritos, y este extraño espectáculo nos causó gran placer.

En el momento de entregarnos al descanso, el Vestido negro, sacerdote del Grande Espíritu, y el Ojo de vidrio no eran menos populares en el lugar que el Oso pardo mismo, el hermano de los grandes Jefes. Condújosenos á una vasta tienda de pieles de bisonte curtidas por estos salvages y cubiertas de pinturas grandiosas y sencillas que representaban

aventuras de caza y de guerra. Encontramos, por lechos, esteras espesas estendidas sobre el suelo y encima pieles de bisonte y de gamo, preparadas de manera que conservaban toda su blandura. La luna, que resplandecía en el cielo, alumbraba el campamento y contemplé no sin emoción unas treinta cabañas, alineadas en el mismo plano, y aquellos conos de pieles, uniformemente plantados como colmenares, parecían, en la noche, haber sido dibujadas en esos inmensos tapetes de Aubusson que se ven aun en el fondo de los viejos castillejos de la Bretaña, del Limosin y del Poitú.

El abate recitó en alta voz la plegaria de la tarde y nos dormimos llenos de delicias.

Al rayar el sol, fuimos despertados por los ruidos del campamento al que acababan de llegar otros ginetes indios para continuar la caza. Esta tropa tenía á su frente la Serpiente amarilla, médico ú hechicero de la tribu, que habia conocido á Ivon desde sus primeros viajes. Luego que este personaje supo que se

hallaba presente, se deslizó á nuestra tienda, y confieso que lo ví penetrar no sin un sentimiento de terror. Apenas habia despertado, recapitulando mis recuerdos de la vispera sobre las estrañas escenas á las que habia asistido, cuando la piel de gamo que servia de puerta se levantó sin que ningun ruido se hubiese dejado oir; una ola de luz penetró en la tienda y apercibí una figura de oso que se arrastraba en el suelo. Muy pronto aquella cabeza estraña avanzó hácia nosotros y cuando llegó al lecho en que el Breton habia dormido, la ví levantarse á altura de un hombre cuyas formas pude distinguir al través del mas singular traje. Despues este hombre se puso á bailar circularmente al rededor del anciano, y en las palabras del canto con que se acompañaba oí varias veces el nombre del Oso pardo. Era sin duda el modo de manifestar la alegría en el pais.

El Breton le estendió la mano que aquel llevó al momento á su cabeza, despues desprendió de su cinturon una pipa y la preparó sin cesar de cantar.

El abate, el Breton y yo dejamos entonces nuestros lechos y la Serpiente amarilla dijo :

— Mi hermano el Oso pardo se ha acordado de la pradera y de sus hermanos los Dabcotas (Sioux); ha vuelto de Europa con sus hijos, los rostros pálidos que la Serpiente amarilla protegerá; habia partido hace muchas nieves... La Serpiente amarilla es dichoso por la vuelta de su hermano.

El Indio encendió la pipa y nos sentamos á su rededor para fumar sucesivamente; cuando la pipa hubo circulado, el anciano Ivon dijo :

— No he olvidado á mi hermano la Serpiente amarilla en mis viajes, tengo allí para él varios presentes y un cristal que toma el fuego al sol. Tengo la mayor dicha al volver á verlo.

Ivon se dirigió al rincon del cuarto en que se hallaba su maleta, sacó varios objetos y entre otros un fuerte lente y un pedazo de yesca. Los rayos del sol doraban la parte superior de nuestra tienda. Salimos de la cabaña y el Breton enseñó

al salvaje el modo de servirse de este precioso instrumento.

Luego que la propiedad del cristal quedó comprobada, la Serpiente amarilla se apoderó de él y se puso á bailar con una especie de frenesí dando agudos clamores que no tardaron en atraer á todo el pueblo; cuando vió al rededor de nosotros á la gente de su tribu y sobre todo á los niños que multiplicaban sus caricias al abate, se detuvo y dijo :

— Preparad vuestros caballos para la grande caza, vamos á matar muchos bisontes y gamos... El Grande Espíritu nos envia estos rostros pálidos como felices presagios, son nuestros amigos y nuestros padres, y la Serpiente amarilla es padre del fuego, dije.

Verificóse en el campamento un increíble movimiento. Algunos minutos despues, nos hallabamos á caballo y partiamos para la pradera. Ivon nos decia : —Etais contentos? Me parece que la recepcion es cordial, y no puede ser mejor para comenzar. Sultan, que al principio miraba á los Indios con una especie de có-

lera manifestada con sordos gruñidos, se habia acostumbrado á su talante y comprendiendo sin duda su amistad, retozaba á su derredor mezclado á los animales de su raza que estos salvages crían y les son muy fieles.

Aunque el cambio de pieles los pusiese anualmente en relacion con los Europeos, y se hallasen casi al corriente de nuestros usos y de los objetos de que nos servimos, mi anteojo, mi reloj, mis armas y diversas cosas del abate no dejaban de escitar su curiosidad. El anciano Breton procuraba esplicarles, mientras caminabamos todo el partido que se sacaba de estos utensilios, y la brújula sobre todo traspasaba los límites de su inteligencia.

A las diez poco mas ó menos llegamos á un lugar delicioso en que hicimos alto á las márgenes del riachuelo que regaba la base del mamelon. Los que marchaban á descubierta nos estaban esperando ya y nos anunciaron que ganados de gamos, de caballos salvages y de bisontes pacian en un valle que se hallaba tras el codo de la colina, y que á las ocho poco mas ó menos

vendrían á beber cerca del parage en que estabamos y se les podria cazar. Aun habian matado ya mas animales de los necesarios para una comida y se disponian á encender la lumbre. Entonces la Serpiente amarilla, levantándose con orgullo, dijo que para que la caza tuviese buen éxito debia encender la lumbre con un rayo tomado del sol. Tomó pues su lente, un pedazo de yesca y encendió el primer leño á la vista de los salvages maravillados. Despues danzó al rededor de la lumbre hasta que una viva llama hubo devorado el humo.

La Serpiente amarilla se sentó entonces y los guerreros lo imitaron haciéndolo en círculo á su derredor.

No describirémos esta comida de carne montesina fresca y seguida de una siesta general que no fué interrampida sino á las ocho de la mañana. A esa hora, los ginetes recogieron sus caballos dispersos en la colina y que pacian la yerba perfumada, y nos pusimos en marcha en la direccion en que debiamos encontrar los animales señalados á la vista. Pocos minu-

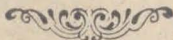
tos despues nos hallábamnos emboscados tras un grupo de sauces, cerca de un lugar que las huellas frescas de las patas de los bisontes denunciaban como el abrevadero ordinario de estos animales. Las previsiones de nuestros hombres no tardaron en realizarse ; muy pronto apercibimos una banda de estos bueyes salvages que avanzaba triscando, hácia el abrevadero, no sospechando la presencia del enemigo que los espiaba detrás del verdor ; seguia á esta banda una prodigiosa cantidad de animales que llegaron pronto á las márgenes del riachuelo, enturbiando con sus pezuñas el agua cristalina poco antes.

En aquel momento, los Indios se lanzaron dando grandes gritos, una granizada de flechas cayó sobre el ganado, sorprendido un momento, pero que se puso á huir pronto perseguido por una tropa de demonios á caballo que lo acosaba con sus clamores y sus lanzas. La carabina de Ivon y la mia escogian su animal en el ganado. Sultan, mezclado con los perros de los Dabcotas, añadia sus ladridos á los gritos de la feroz tropa. Muy pronto atra-

vesamos el riachuelo con algunos Indios; apercibiase en la otra parte del agua gran cantidad de gamos y corzos rodeados de sus cervatillos y que queriamos cazar tambien ; Serpiente amarilla tomó el mando de los que perseguian al bisonte y nosotros nos lanzámos con la Nube que suena y otros siete guerreros en persecucion de los venados de la pradera.

Apercibimos algunos mustangs ó caballos de la pradera, pero no teniamos tiempo para cazarlos. El mustang es un animal de reserva que el Indio caza solamente para sus necesidades personales ; deja á la sávana el cuidado de criar y nutrir su montura : solo cuando se halla á pié se decide á tomar su lazo para procurarse un compañero de sus correrías.

Adelante volverémos á ocuparnos de este asunto.



V

LOS SIO X O DABEOTAS. — PARTIDA

Permanecimos de aquel modo cerca de una semana ; cada día nos cruzaban caravanas de mujeres y de niños de la tribu, escoltadas por algunos guerreros, que conducían al campamento el producto de la caza, para traer las pieles ó hacer secar al sol la carne destinada á las provisiones del invierno. Cuando los cazadores de bisonse se unieron á nosotros, Serpiente amarilla nos dijo con voz sentenciosa :

— Los hermanos del Oso pardo son nuestros hermanos y el Ojo de vidrio es mi amigo. ¿Quiere permanecer en nuestro pueblo? He consultado al Grande Espi-

ritu y el dios de los sueños ha dicho que seria un dia un gran jefe... ¿Qué responde mi hermano el Ojo de vidrio?

Ivon solo podia comprender el sentido místico de esta frase

— Vámos, Mariaker, me dijo, quiere V. naturalizarse Sioux? Serpiente amarilla ó Nube que suena tendrán el honor de tomarle por yerno y le construirán un wigwam en el pueblo.

Y como viese que se pintaba en mis labios la sonrisa, añadió:

— Guarde V. la gravedad, los Indios nos observan y es preciso que no se imaginen un solo instante que sus proposiciones le parecen á V. de desdeñar; salvo la situacion que puede tener efectivamente un lado singular la oferta es formal y de las que no prodigan estos Indios segun puedo asegurarle á V.

Serpiente amarilla fijaba en nosotros una mirada penetrante:

El Ojo de vidrio es un cazador hábil, prosiguió el Indio, será tambien un valiente guerrero y sus mocasinos estarán orlados un dia de cabelleras... ¿Quiere

ser nuestro hermano? Le edificaremos una cabaña magnífica, tomará asiento en el Consejo entre los grandes jefes con el Oso pardo y el Vestido negro, sacerdote del Grande Espiritu. — Mariaker, dijo Ivon, es preciso no rehusar nunca, temporicemos, busquemos un pretesto y tome V. el aspecto triste de un hombre que no puede aprovechar una ocasión preciosa, voy á arreglarlo todo... Sosténgame V. con el ademán y apruebe lo que voy á decirles.

Ivon pareció consultarme un momento aun é hizo una señal. Todos los Indios se sentaron en círculo y se encendió la pipa del Consejo.

Luego que la pipa hubo dado una vuelta entre la asistencia, el Breton llevó la mano derecha á su corazón y dijo :

— El Ojo de vidrio tiene la mayor dicha por la amistad de sus hermanos los Dab-cotas : tal es lo que me ruega responda ; no puede plantar aun su cabaña en una tribu, es preciso que encuentre antes las cenizas de su padre, muerto hace muchas nieves, en el país de los Pawnies... Cuando el Ojo de vidrio las haya recobrado,

volverá hácia sus hermanos para ser un gran jefe. Dije.

Serpiente amarilla dió un ahullido al cual respondió sordamente Nube que sue-
na; despues este hizo señal de que de-
seaba hablar á su vez.

— Los labios del Oso pardo no pronun-
cian nunca mas que palabras llenas de sa-
biduría, dijo, esperarémos... Luego que
mi hermano el Ojo de vidrio haya encon-
trado la sepultura de su padre, volverá ;
el Oso pardo será el maestro del Concejo,
y el Vestido Negro vivirá entre nosotros.
Existe allende el lago salado una gran
cabaña para los sacerdotes del Gran Espí-
ritu; levantaremos una gran cabaña y
Vestido negro nos enseñará la religion
del Gran Espíritu. Dije.

El abate, que comprendia estas pala-
bras, lloraba de ternura. Si le hubiera
sido posible áprovechar estas ofertas, ha-
bria tenido la mayor dicha al sembrar en-
tre aquellos errantes pueblos la palabra
de la vida, pero no le era permitido si-
quiera esperarlo. Su emocion no se ocult-
á Serpiente amarilla. El salvaje se levantó

tó de repente, llevó á su rostro la piel de oso que le servia de capa y blandió en el aire su lanza á la cual se hallaba suspendida la piel de zorro que era su saco de amuletos. Despues se puso á bailar articulando con gutural voz una cancion cuyas palabras eran casi comprensibles. Invocaba al dios en estos términos, poco mas ó menos:

— Los Dabcotas son un gran pueblo decia; el dios de los sueños me lo ha inspirado esta noche; luego que vuelva el Oso Pardo para ponerse á la cabeza del Concejó, será un pueblo cuerdo; cuando el Ojo de vidrio mande á nuestros guerreros serémos los señores de la pradera, y si Vestido negro quiere instruirnos serémos tan poderosos como nuestros padres, los rostros pálidos...

Era tarde ya cuando volvimos al mameleon en que tenia la tribu su campamento de caza. Se habia preparado aun un inmenso festin, era el último al cual debiamos asistir entre estos salvages.

Los sucesos de la vispera no nos permitian permanecer mas tiempo y **mantener**

con nuestra presencia una esperanza que no debia realizarse, debiamos alejarnos lo mas pronto posible de aquel pueblo errante que, por lo demas, nos inspiraba la mas profunda simpatía y no habria podido comprender los motivos que me hacian rechazar sus proposiciones. Para estos pueblos sencillos, no hay mas universo que sus dominios... La felicidad se halla allí... Dichosos aquellos cuya ambicion es tan modesta.

El dia siguiente, al salir el sol, nos pusimos en camino, todo el pueblo estaba en pié. Niños, mujeres, ancianos, guerreros, todo se estrechaba al rededor de nosotros; el abate distribuia presentes, un destacamento mandado por Serpiente amarilla nos escoltaba hasta los limites del territorio de caza y no nos separamos sin derramar algunas lágrimas. Esa estancia de dos semanas no se borrará jamás de mi memoria.

VI

LOS PIES NEGROS

Dirigimonos hácia el Sud-Oeste; los guerreros Sioux se separaron de nosotros al fin de la primera jornada, no sin cambiar con nosotros muchas promesas que no podían realizarse. Al tercer día el país cambió de aspecto. No habíamos encontrado en la pradera mas que restos de ganados de bison, de gamo ú de mustangs dispersados por los cazadores y que procuraban juntarse. Algunos gamos no pudieron reunirse, pues la carabina de Ivon era terrible. El cuarto día bajamos un riachuelo encajonado entre dos verdes valles cubiertos de árboles y de plantales de

maiz; sobre la pendiente de la colina se apercibian las cónicas cimas de algunas cabañas y los azulados espectros del humo que ascendia en numerosas espirales hacia el limpio cielo; despues, un rumor que recordaba el ruido de los pueblos de Europa llegaba hasta nosotros: era el ladridos de los perros ó el relincho de los caballos ó la monótona cancion de las jóvenes Indias que mecian á sus niños.

Ivon nos dijo que debiamos acercarnos á un gran pueblo y que nos hallabamos en el territorio de los Pies-Negros; habia conocido en otro tiempo algunos hombres de esta tribu pero menos intimamente que sus vecinos los Dahcotas. Por lo demas, era un pueblo mas salvaje que el primero y que su contacto menos frecuente con los Europeos hacia mas desconfiado hacia estos últimos. Por otra parte, debiamos encontrar una antipatia mas y mas grande á medida que bajariamos hacia el Sur, antipatia que no es imposible conjurar, pero que es mas intensa cuanto mas se acerca uno á los territorios auríferos que la codicia de los Europeos

hizo el teatro de atroces luchas. Detuvimos á algunos centenares de metros del pueblo, decididos á no aceptar la hospitalidad si no se mostraba benévolo. Apenas nos hallábamos instalados en nuestra tienda cuando apercibimos dos salvages que nos espiaban bajo un grupo de arbus-tos; Ivon les hizo algunas señas y se acercaron á nosotros, contemplándonos con mas curiosidad que sorpresa. Nos tomaron las manos que les tendimos y se sentaron cerca de nosotros, uno de ellos encendió la pipa y fumámos todos sucesivamente.

Ivon procuró hablarles esa gerga de la pradera que muchos salvages comprenden; supo de ellos que los guerreros Pies-Negros que habia conocido habian muerto, salvo un anciano, el Zorro sutil, que cazaba á la sazón en el Sur á pocas jornadas del pueblo.

El de mayor edad de los guerreros que se hallaban con nosotros le dijo entonces:

— Hemos oido hablar algunas veces del Oso pardo, el cazador, es amigo del Zorro sutil; porqué mi padre el Oso pardo

no ha venido hasta el pueblo con sus hijos, los otros dos rostros pálidos?

—Hé atravesado el lago salado sobre un pueblo que flota, replicó el Breton, y he vuelto á las sábanas con el Vestido negro, dijo mostrando al abate; es un gran médico, sacerdote del Gran Espíritu (aqui se inclinaron los salvages) y, continuó el Breton señalándome, con el Ojo de vidrio, gran jefe de rostros pálidos que viene á buscar las cenizas de su abuelo, muerto hace muchas nieves, y que descansan en el pais de los Pawnies. Dije.

— El Vestido negro y el Ojo de vidrio no tienen rostro cruel, repuso el salvage; son nuestros amigos, amo á mis dos hermanos los rostros pálidos y á mi padre el Oso pardo.

Entonces les ofrecimos diversos presentes que parecieron complacerlos mucho; Ivon les dió para el Zorro sutil una pistola de chispa que ellos llamaban la pequeña carabina y prometieron entregarle de su parte; el abate y yo les presentamos para las mujeres y los niños del pueblo medallas, espejos y collares de vidrio que esci-

taron en el mas alto punto su admiracion.

Los dos guerreros nos dejaron entonces para ir al pueblo de donde les vimos volver muy pronto rodeados de niños y mujeres adornadas con nuestros presentes y que nos traian cestas de patatas y de frutas, que comimos con mucha satisfaccion. No se separaron de nosotros sino despues que se puso el sol. Hallábamonos admirados de la hermosura de aquellos salvages que vivian casi desnudos al aire libre en que sus miembros adquieren proporciones armoniosas. En el invierno se cubren con pieles cortadas con amplitud y que no molestan sus movimientos. Su trage varia segun las tribus, los hombres y las mujeres saben adornarlo con bordados ingeniosos ejecutados con espinas de puerco espin, y si no se vieran sin cesar los mocasinos de los guerreros adornados de cabelleras, no creeria uno en la guerra, pues sus costumbres dulces parecen fruto de una existencia monótona é indiferente, al abrigo de las pasiones humanas y de sus borrascas.

El adorno de las mujeres, que nada tienen que envidiarse en materia de comodidad y de lujo, se limita á algunos collares de granos ó de bujerías, á pinturas dispuestas con mayor ó menor gusto sobre sus rostros ó sus miembros (todos los guerreros usan igualmente la pintura, lo que contribuye no poco á hacer una especie de espantajo) Las mujeres nacen en este medio, son educadas con la perspectiva de cuidar el interior del wigwam, al que el marido debe traer la subsistencia, y no tienen otra ambicion. Por lo demás, salvo los cuidados de la guerra ó el rudo trabajo de la caza, la vida de familia es todo para estos salvages, que pasan el tiempo en acostumar á sus hijos á la existencia que les legaron sus abuelos y que legarán á aquellos.

Al alba del dia siguiente dejamos los confines de este pueblo, dirigiéndonos hácia el Sur; al despertar, apercibimos en pié cerca de nuestra tienda uno de los dos guerreros Pies-Negros. Tenia en la mano una especie de mapa de corteza en el cual se hallaban pintados algunos geroglíficos

y lo presentó á Ivon; despues nos dijo con dulce sonrisa :

— Si mi padre el Oso pardo encuentra á nuestros hermanos, entrégueles esto y quédese con ellos durante una caza, y si mis hermanos suben por aqui para volver al lago salado, no olviden el pueblo de sus hermanos los Pies-Negros. Dije.

Nos dió por última vez un apretón de manos. Partimos y le vimos aun mucho tiempo inmovil sobre el montecillo siguiéndonos con la mirada hasta que desaparecimos.



VII

EL CABALLO RAPIDO

Marchábamos con paso lento gracias á los bagages que llevaban nuestras mulas; Ivon era de parecer que al primer alto que haramos nos debiamos desembarazar en parte de los utensilios de cocina destinados á hacer presentes, lo mismo que de las cosas demasiado pesadas, sosteniendo con razon que en la pradera era preciso deshacerse de los fardos superfluos y no conservar mas que la carga exacta de un hombre, puesto que acabariamos un dia ú otro por llegar á parages en que el hombre solo puede aventurarse y que allí tendríamos que sacrificar nuestros caballos,

cosa tanto menos de sentirse cuanto que es fácil procurarse un buen caballo en las sábanas. Todas las personas que han vivido en el desierto tienen horror á los fardos, plaga del viage en país civilizado en que la facilidad del transporte permite aceptar sus embarazos; llegaba hasta sostener que el cazador no lleva nunca consigo mas que su fusil, su cuchillo y su calabaza de aguardiente ó de cualquier otro licor, un eslabon y una pipa; que con esto no tiene necesidad de provisiones, en atencion á que la sábana es un granero de abundancia inagotable.

Al concluir estas palabras, oímos que Sultan daba un ahullido de terror y le vimos saltar á derecha, al mismo tiempo que una especie de cable enrollado se lanzó de las altas yerbas y vino á caer sobre el hocico de mi caballo, que se encabritó. Al mismo tiempo Ivon preparaba su carabina, oímos silbar su bala, despues la yerba se agitó violentamente á nuestros pies.

— ¡Una serpiente de cascabel! exclamó el anciano Breton; dejadme acabarla y mire V. Mariaker, si su caballo ha sido

mordido; no lo sé, pero me parece que no daría tres cuartos por su vida; pobre animal!

Nos apeamos, en efecto, y mientras el Breton acababa con el terrible reptil examinamos el caballo cuyo labio superior se inchaba con una rapidez espantosa. Muy pronto lo atacó una especie de vértigo, le vimos girar sobre sí mismo con convulsivos estremecimientos, despues cayó para no volver á levantarse: tuvimos que desembarazarle prontamente de sus arneses y abandonarlo á su destino.

— Tome V. el mio Mariaker, me dijo Ivon; le diré á V. francamente que hace mucho tiempo este modo de viajar me irrita y prefiero caminar á pié, un hombre es siempre mas libre de sus movimientos. Felizmente nos hallamos en el territorio de caza de los Pies-Negros y es probable que encontremos al Zorro sutil; es un compañero que se encargará de remontar nuestras caballerizas, razon mas para que yo me otorgue la distraccion de pedestre.

Nos acercábamos á un terreno en que el verdor mas y mas fresco anunciaba la proximidad de un riachuelo; vimos en la cima de una roca, oculta bajo los alcornoques, una cabeza roja cuyas miradas fijas en nosotros parecian observar nuestros movimientos.

— Hablando del rey de Roma, él se asoma, continuó Ivon, nombrado el Oso pardo en las tribus de América; si no es el zorro, es seguramente uno de sus satélites, vamos allí.

Avanzámos... el centinela no se movia mas que una estatua. Ivon le mostró el pedazo de corteza que nos habia dado el guerrero del pueblo.

El ojo perspicaz del Indio reconoció al instante la naturaleza y el valor del mensaje; levantóse rápido dando un clamor penetrante y vimos una docena de cabezas semejantes mostrarse cerca de la suya como si un resorte las hubiera hecho saltar del suelo; al mismo tiempo un grupo de tres hombres se desprendió de la banda y salió á nuestro encuentro; en el que precedia á los otros dos, Ivon reconoc

por su pintura de guerra á su amigo el Zorro sutil.

El anciano pié-negro no tardó en reconocer las facciones del Breton, y su rostro, grave al principio, dejó ver una sonrisa que el abate y yo tuvimos el mal gusto de tomar por un horrible gesto. Es difícil traducir de otro modo el efecto producido por una gran boca que se abre en medio de una esfera negra, y muestra formados en línea, treinta y dos dientes de brillante blancura, sobre todo cuando este movimiento se ejecuta en silencio y sin la menor explosión de la voz.

El Zorro sutil dió varios saltos en señal de alegría antes de tomar la mano que le tendíamos; por último, encendió su pipa con solemne lentitud, nos la hizo aspirar y nos precedió hácia su bivac. Al caminar, recorrió con rápida mirada los misteriosos signos grabados en el pedazo de corteza y dirigió al Breton una mirada acariciadora. Una gran hoguera ardía á pocos pasos de la roca, un gamo entero, ensartado en una estaca, se asaba ante la llama; á poca distancia de allí, un peque-

ño manantial corria lentamente hasta el valle en que su cuenca ensanchada formaba una especie de lago cubierto de cañas en medio de las cuales se veian retozar bandadas de cercetas y patos silvestres.

Los guerreros Pies-Negros sentados en circulo al rededor del brasero nos acogieron cordialmente, y sus consideraciones aumentaron luego que tomaron conocimiento del cartel dirigido al Zorro sutil. Convidáronnos á su festin, durante el cual Ivon hizo comprender á su amigo el accidente que me habia privado de mi caballo, á pocos metros del bivac. El guerrero hizo una señal y dijo:

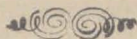
— Tenemos muchos mustangs en nuestro territorio, no es justo que Ojo de vidrio que ha hecho presente á nuestras mujeres y á nuestros hijos de tantos objetos vaya mas tiempo á pié. ¿Qué opina el Caballo rápido?

El salvage al cual se dirijia esta palabra silbó; vimos acudir del pántano un caballo, b'jo, fogoso, magnífico, sobre el cual se lanzó el Indio, y ambos desaparecie-

ron muy pronto detrás de la colina. No estuvieron ausentes mas de una hora, solo que, cuando volvió el Indio el caballo bayo galopaba al rededor de él y apareció montado en un caballo blanco de magnífica estampa cuyas negras y lustrosas crines colgaban hasta el suelo. No habia necesitado mas tiempo para tomar y domar el magnífico animal que iba á ser mio. Esta aventura aprovechó á las mulas: segun los consejos de Ivon, nos deshicimos, en beneficio de estos salvages, de cierta cantidad de utensilios cuya posesion parecia llenarlos de alegria. Para manifestar mi reconocimiento al Caballo rápido, le di un magnífico cuchillo de caza, unas pistolas y mi carabina de municion con pólvora y balas de que teniamos abundante provision. Pasamos el resto del dia cazando los gansos y patos salvages del estanque, en el cual tomaron los Indios, con aparatos primitivos, una cantidad increíble de truchas bastante bellas y otros peces pequeños, con los cuales hicimos aquella noche, una verdadera comida á la europea, gracia á las provisiones que

poseíamos en nuestros bagages y á los talentos gastronómicos del Oso pardo.

El dia siguiente, al partir, las mulas aligeradas en su carga, tomaron el trote delante de nuestros caballos, con satisfacción del anciano Breton.



VIII

PEREGRINACIONES

Continuámos nuestro camino hácia el Sur, no sin encontrar muchas tribus salvajes que nos acogieron todas con la misma cordialidad, gracias á la prudencia del Breton y al modo hábil cómo escogia el momento oportuno para ofrecerles presentes ú otorgarles la facilidad de obtener informes sobre los asuntos que podian interesarles. De este modo tuvimos relaciones amistosas con los Crows, los Mandans y los Pawnies, entre los cuales debia yo encontrar, segun habia dicho Ivon por pretesto de nuestra partida, las cenizas de mi padre; despues encontrámos á los

Objibeways, los Comanches, los Osages y los Choctaves. Estos pueblos errantes de un tipo comun, no difieren entre sí mas que por variaciones apreciables en su trage, ó mas bien en la disposicion de sus pinturas y adornos. Retirados en el fondo de las praderas, han abandonado las inmediaciones de los mares, rechazados por los europeos que han establecido sus depósitos en donde no hay un Estado, grande ó pequeño, ni una colonia. Las luchas que han tenido que sostener los han hecho desconfiados; la crueldad de los cazadores ó de los que buscan los *placeres*, que los diezman sin compasion luego que creen ver en ellos un competidor ó un obstáculo, son las únicas causas de los terribles relatos propalados por los viajeros. Es imposible viajar en medio de ellos sin quedar persuadido de que, lejos de ser feroz é inhospitalario, el Indio tiene un corazon generoso y posee en el mas alto grado los sentimientos de lealtad natural que lo hacen muy sociable.

Sus costumbres son enteramente primitivas, su religion consiste en adorar al

Gran Espíritu, criador de todas las cosas. Los médicos, hechiceros ó empíricos, que tienen entre ellos enorme influencia, han procurado propagar las supersticiones de la idolatría. Despues del jefe guerrero y quizás mas que él los hechiceros hacen el papel principal en cada tribu. Los Indios creen en la inmortalidad del alma, en las penas y las recompensas de otra vida. Educan á sus hijas desde temprana edad en la práctica de los cuidados de la caza; los niños, desde la mas tierna edad, aprenden á ser hombres fuertes y valerosos. Pescar, manejar la lanza, el arco y el tomawach, ó romper cabezas, cazar y domar el mustang de las praderas, tal es el programa de su gimnástica.

Un guerrero lleva siempre consigo el testimonio de sus hazañas, gracias á una costumbre que nos parece bárbara. Cuando ha vencido á su enemigo, le arranca con destreza la piel del craneo y adorna sus mocasinos ó su propia capa con la cabellera de su víctima. He visto algunos guerreros que poseian gran número de esos trofeos; es su propiedad exclusiva,

se podría decir su condecoracion, y se los entierra con su cadáver cuando mueren. De este modo se reconoce la mano que ha herido á un hombre, é Ivon se aseguró que en el momento de la invasion de los *placers* de la California (hallábase á la sazón en América) se encontraban en la sábana muchos cadáveres de Europeos despojados de su cabellera. Estos desdichados, poseidos de la sed del oro, se aventuraban en el territorio de las tribus errantes que los habrían acogido quizás con benevolencia si no se hubiera intentado primera rechazarlos por la fuerza. Aunque el uso de las armas de fuego esté bastante esparcido entre los Indios, estos no han conservado menos su hábito de hacer la guerra de escaramuza y de evitar las batallas en campo raso. Hé aquí lo que sucedia con mas frecuencia: los Indios huían desde luego ante esas hordas ciegas y feroces y las dejaban avanzar sin inquietarlas hasta los desfiladeros mas difíciles. Allí, en medio de la noche, durante el sueño profundo de estos cansa os viajeros que se creían tanto mas seguros

cuanto que no veian ya sus huellas y los suponian alejados por mucho tiempo, caian sobre el campamento y degollaban á la mayor parte de ellos. De este modo se consumaron espantosas carnicerías cuyos primeros pretextos suministró ciertamente la brutalidad de los Europeos; no hay uno solo de los que volvieron de los *placeros* que pueda negar mas el hecho que desconocer las huellas del cuchillo de los Indios.



IX

PANORAMA*

Cuanto mas se baja hácia el Sur, tanto mas cambia de aspecto el pais. Nada existe allí que se parezca al suelo ni á la vegetacion de la vieja Europa; los ardores tropicales lo han modificado todo. En lugar de la llanura inmensa y cubierta de yerba seca, comienza la selva con esplendores desconocidos. Siéntese que una primavera eterna reina en aquellas soledades. El Orinoco y el Amazonas riegan aquellas comarcas y fecundan un suelo que el calor de la temperatura habria secado fácilmente. La naturaleza es allí gigantesca; los árboles adquieren una al-

tura fantástica, las enredaderas y las viñas se entrelazan y formaban espesuras considerables, el Chimborazo eleva á 16,000 pies su corona de rocas volcánicas que mirá á su rival el Cotopaxi. Y en medio de este caos de naturales esplendores, la flora contiene incalculables riquezas: así, el aloes ufano muestra penachos varicolores tan grandes como las coles de nuestros jardines, y en el caliz de estas enormes flores retoza una poblacion, un enjambre de colibries y de mosquiteros; mas lejos, en la orilla de los bosques en que el ebenuz, el arcé de azucarado vino y el plátano despliegan su robusto follage, el ara, el cacatoes, el papagayo de pintadas plumas ostentan sus brillantes colores y prorumpen en ensordecedores chirridos; de vez en cuando un ejército de monos muestra en la cima de los árboles gran número de fisgonas cabezas cuyos traviesos ojos examinan con curiosidad al viajero que pasa.

Después reaparece la pradera, no ya árida y parda como la sábana del Norte, sino verde, cortada de riachuelos limpios

y sombreados de árboles y cañas magníficos. El mismo suelo se halla esmaltado de espesillos de embalsamadas flores, el clavel, la violeta descuellan á la sombra de los naranjos y de las higueras cubiertos de frutos, el sol dora matorrales enteros de ciruelos cuyas ramas cargadas de bayas se entrelazan con la vid silvestre cuyos racimos cuelgan al lado de sus propios frutos; en la yerba esmaltada de flores se agitan millares de insectos de aterciopelado corselete, pintados de vivos colores, cochinillas de coraza manchada de oro bruñido y de reflejos bronceados, millares de seres animados, vivos, que hormiguan á porfía en medio de aquel Eden.

Pero la serpiente se oculta entre las flores, y allí la serpiente de cascabel, el jaguar, el oso pardo y otras fieras retozan á la sombra de los matorrales. La misma pantera, la terrible pantera negra, agazapada bajo una espesura, espia al gamo y antilope que vendrán á apagar su sed. Las garras de este terrible animal me privaron de Sultan, mi hermoso perro de Terra-nova, mi fiel amigo. Procurabamos acampar á

orillas de un riachuelo á la hora del crepúsculo, transicion casi imperceptible del dia á la noche en los países bañados de luz, en que las tinieblas no forman mas que el reino de un millar de soles, de suave y misterioso fulgor, en vez del rey del dia; las luciérnagas nos cegaban con su extraño vuelo, describiendo en nuestro derredor fosforecentes eses. Sultan, como tenia costumbre, abria nuestra marcha. De repente le oimos ladrar de cólera, despues el ruido de una lucha sucedió á esta manifestacion, las yerbas volaban en pedazos al rededor de un oscuro grupo. Ivon avanzó con la carabina en la mano, traspasó á la pantera debajo de la oreja derecha y la postró sin vida. Pero no comprobamos su victoria sino asistiendo á la suprema agonía del pobre Sultan, el desdichado animal yacia espirante á su lado con dos mordeduras profundas en el cuello y el pecho abierto por las garras del espantoso carnívoro. Alejámonos con el corazón comprimido, dejando á los numerosos buitres, sepultureros del desierto, el cuidado de hacer desaparecer sus restos.

Nos acostamos muy tristes, no sin haber encendido grandes hogueras para amedrentar á las fieras y los enormes murciélagos. Al despertar, una alborada encantadora vino á alegrarnos un poco: millares de pájaros de todas formas y colores gorgeaban revoloteando sobre los árboles vecinos; entre ellos, saltaban ágiles monos sin espantarlos, cascando con grande apetito las frutas que aquella maravillosa comarca produce en abundancia como un paraíso terrestre y nos alejámos dando un supremo adios á nuestro fiel perro.

Los salvages no habitan estas selvas en las que no se les encuentra sino aislados ó en pequeño numero y viajando solo por su satisfaccion personal. Sus pueblos se hallan contruidos en las márgenes de los rios ó en las islas situadas en medio de sus rápidas corrientes. Hay aun, en pleno Orconoca, la tribu de los Guaranos, pueblo de pescadores, cuyas chozas contruidas de cañas se hallan suspendidas á los tallos de las palmeras que crecen como una selva de enormes cañas en medio de las aguas.

X

LA BOLA

¡Pobre Sultán!... Llevamos tu luto en el fondo del corazón; ahora atravesamos de nuevo llanuras inmensas en que retozabas delante de nosotros, olfateando el peligro y, cual vigilante centinela, con el hocico levantado, el ojo alerta y el oído atento, no perdías un rumor de la soledad... Tus huesos emblanquecen cerca del riachuelo entre espesuras de enredaderas.

No se pueden ver mas bellas llanuras que las que explorábamos en aquel momento; hállese pobladas de caballos, y, si el bisonte es allí raro, el gamo, el antílope y una multitud de otros animales vagan y

suministran á los cazadores un alimento tan delicioso como abundante. Los Indios y los Españoles, Europeos que habitan en mayoria aquellas cálidas latitudes, los cazan igualmente, no ya con el arco ú la carabina, sino con la bola.

La bola es una especie de lazo ú cuerda atronzada con cuero bruto y que se divide en tres puntas en medio de su longitud; cada una de estas tres puntas, de mas de tres metros de largo, lleva en su estremidad una bola de plomo de 250 gramos. El jinete que las usa tiene en la mano una de estas bolas mientras galopa el caballo en la direccion de la presa, las otras dos giran sobre su cabeza. Luego que se halla á tiro, el jinete lanza su bola, esta silva dando vueltas y va á enrollarse al rededor de la víctima que los golpes de las bolas aturden rapidamente siendo así presa fácil. No se emplea el lazo sino cuando se quiere tomar un caballo; la bola es demasiado peligrosa para tomar el mustang al que irrita este instrumento, y se defiende con tal desesperacion que queda inutilizado cuando se ha acabado su captura.

Tal es el espectáculo que nos estaba reservado el tercer día de nuestra marcha, en el momento en que íbamos á salir de nuestro campamento, cerca de un grupo de plátanos, de ebanuces, de algarrobos y de halows en que Ivon acababa de descubrir una viña magnífica cargada de enormes racimos maduros cuyas primicias probaba él. Ibamos á encontrar unos hombres de una raza nombrada por su ferocidad, esos famosos caraibes de quienes se hacen espantosos relatos.

Nos dirigimos hácia ellos con los ojos abiertos, firmes las miradas y la mano tendida, como conviene abordar á los salvages ; teníamos la certeza de poder hacernos comprender, estando familiarizados los naturales de aquellas regiones con el idioma español que el Breton, el abate y yo poseíamos suficientemente. Nos quedaban aún en nuestras mulas algunos objetos que podíamos ofrecerles como presentes, precaucion que cimenta siempre la amistad y adormece la desconfianza sobre las intenciones hostiles que los salvages tienen harto derecho á temer por parte de

los Europeos, y que experimentan infaliblemente como primera impresion. Entre todos los objetos capaces de agradarles, lo que mas encantó al jefe de los carai-
bes fué un revolver de seis tiros, arma de pacotilla que yo habia comprado en un almacén de hierro viejo en el muelle del puerto de nuestro embarque. El caraibe lo ensayó mucho tiempo antes de sospechar el uso que se podia hacer de esta arma, pero nada moderó su admiracion cuando el Breton habiendo colocado los cartuchos le hizo dar fuego seis veces consecutivas; despues le esplicó el mecanismo de este objeto y le regaló una cartuchera llena de municiones. Este precioso regalo escitó la envidia de los otros carai-
bes que parecieron medianamente satisfechos de las chucherías que habian recibido como parte. En seguida cazámos con estos naturales durante todo el dia, y el siguiente asistimos á un combate extraño y solemne.

Las soledades de esta parte de la América, además del jaguar y algunas pante-
ras, se hallan pobladas aun de gran nú

mero de osos pardos. Estos animales, de un natural feroz y lleno de audacia, no temen atacar al hombre. Se les ve errar con frecuencia, en parejas, sobre las márgenes de los riachuelos y aun de los grandes rios y amenazar con sus feroces miradas las canoas que pasan ó el steambot que navega. Circulan con tal osadía que nada los espanta, ni aun las hogueras de los bivaques que bastan ordinariamente para ahuyentar á las otras fieras y, sino fuera porque tienen repugnancia á atacar al hombre durante su sueño, sin duda porque no son amigos de los cadáveres cuya apariencia ofrece este estado, el viajero correria grandes peligros de ser su presa.

Ahora bien, al caer la noche, despues de un dia de fatigas, nos hallábamos al fin de la comida y los caraibes encendian sus hogueras ; yo arreglaba para acostarme una piel de jaguar que me habian regalado en cambio de mi revolver, cuando ví al anciano jefe tomar su arco y escoger en su carcaz flechas particulares cuya punta se halla impregnada de un violento veneno que estos salvages preparan con grande

habilidad ; al mismo tiempo pudimos aper-
cibir dos enormes osos pardos en pié sobre
las altas yerbas y ocupados en examinar-
nos. La maniobra del guerrero caraíbe
fué ejecutada rápidamente, y antes que el
cazador Breton hubiese tomado su carabi-
na, el oso arrancaba lleno de furia con
sus patas una flecha que acababa de pene-
trarle en las narices ; despues le oímos,
atacado de una especie de repentino vér-
tigo, rodar gruñendo sobre el suelo. Su
camarada, que era probablemente la hem-
bra, pues estos animales se pierden de
vista rara vez cuando no crían sus hijue-
los recién nacidos, lo olfateó un instante y
se alejó espantado. Los Caraites, que co-
nocen las costumbres de estos animales,
juzgaron que iba á volver y nos decidi-
mos á esperarlo. Habíamos presenciado
os efectos, por decirlo así, fulminantes de
su veneno sobre un animal de la mayor
corpulencia ; un hombre herido por una
de estas flechas debía perecer instantánea-
mente y sin que fuese posible pensar en
ensayar ningún remedio para atenuar los
efectos del veneno.

Los salvages se aventuraron enonces á acercarse á su víctima con excesivas precauciones, y cuando quedaron perfectamente convencidos de que la terrible fiera habia cesado de existir, la arrastraron hácia el bivac y se pusieron á desollarla, reservando para su festin ciertas partes delicadas del animal, cuya carne segun nos aseguraban, no era peligrosa por el efecto del veneno. Ivon reflexionó que, por su parte, no tenia una confianza tan ciega.

A las once poco mas ó menos, es decir poco tiempo despues de esta importante captura, no habiendo aparecido la hembra, nos decidimos á descansar, yo me envolví en mi piel de tigre, y con las miradas fijas en el cielo sembrado de estrellas brillantes, me dormí como un justo, despues de haber dirigido mi humilde plegaria al autor infinito de tantas maravillas.



XI

COMBATE GENERAL

La prudencia nos ordenaba no dormirnos con-demasiada confianza, tanto mas cuanto que la carne del oso recién descuartizado podia escitar el apetito de los otros carnivoros que habitan en aquellas latitudes. Si la hembra del difunto aterrorizada suficientemente renunciaba à las satisfacciones de la venganza, los jaguares y otros eran capaces de intentar emplear sus garras y ya no teniamos nuestro pobre Sultan cuyo vigilante sueño reposaba, sin adormecerlos, sus atentos sentidos, y con él no era de temerse sorpresa alguna. Nuestra precaucion nos fué muy útil : Ivon que se

hallaba de centinela en aquel momento, á la doce de la noche, me puso la mano sobre el hombro y me dijo: — Andad con prudencia! Desperté al abate y al salvaje mi vecino; en menos de un minuto nos hallámos desembarazados de nuestros cobertores y prontos á servirnos de nuestras armas, siempre al alcance de la mano.

Oiase á corta distancia un gruñido sordo y frecuente al cual respondia como un eco un maullido terrible; era la hembra del oso que buscaba á su compañero y seguia, sin duda, á un hambriento jaguar. ¿Con cuántos enemigos encarnizados teníamos que habérmolas?

El jefe caraibe reanimaba las hogueras casi apagadas del bivac para procurarnos la luz, y añadia á sus combustibles algunas ramas de leña resinosa de alow cuya llama clara dura mas que la de las otras maderas. Era tiempo de hacerlo: el gruñido se acercaba mas y mas y sus prolongadas inflexiones atestiguaban que se acercaba el enemigo lleno de cólera. Por otra parte, un rugido mas ronco respondia al maullido del jaguar, y estos clamores feroces re-

velaban los transportes de una escitacion progresiva. ¿Eran aliados que un odio privado nos suscitaba ó un refuerzo que un odio comun procuraba á nuestro enemigo, y que unidos contra nosotros contaban disputarse despues nuestros despojos ? Hallábamonos en esta perplejidad cuando la mirada perspicaz del jefe caraibe se detuvo en una forma indecisa que se dibujaba en las yerbas ; al mismo tiempo el arco del guerrero se tendió y oimos silvar una de sus terribles flechas lanzada con la mayor fuerza.

Una masa enorme saltó en el aire y cayó torciéndose sobre el suelo ; al mismo tiempo oimos un maullido terrible, y las yerbas arrancadas por las garras del monstruo atacado de convulsiones, cayeron esparciéndose al rededor de nosotros..... despues el maullido se puso mas y mas ronco, cesaron las convulsiones y la voz se apagó.. el tigre no era ya mas que un cadáver.

Al mismo tiempo las yerbas se agitaron al rededor de nosotros y las dos viudas exasperadas cayeron como un torrente sobre nuestro campamento.

Fueron recibidas con una granizada de flechas envenenadas y las balas de nuestras carabinas, y muy pronto rodaron, presa de la agonía, y espiraron en medio de nosotros, ofreciéndonos el terrible espectáculo de una rabia increíble aumentada con la desesperación de su impotencia. Pasamos el resto de la noche desollando estas terribles fieras cuyas pieles nos ofrecieron los caraibes y las prepararon durante los días que permanecemos aun entre ellos.

Estos pueblos, esparcidos de este modo en el Nuevo-Mundo, en donde su raza disminuye de día en día, ora á consecuencia de sus guerras con los Europeos, ora por las enfermedades contagiosas que contraen por su contacto con estos, ó bien por el abuso de los alcooles que el comercio propaga entre ellos bajo el nombre de aguardiente, estos pueblos, repetimos, vivían felices en sus territorios, al abrigo de las necesidades ficticias, contentándose con su industria que bastaba ampliamente á sus deseos; apenas se hallaban divididos por pequeñas guerras de tribu á tribu, nacidas de una discusión de caza ó de cualquier otro

pretesto tan fútil y que acababan en breve. Hoy que conocen la pólvora y los fusiles y que el comercio se ha apoderado de las riberas del Océano para establecer sus depósitos, van á cambiar sus géneros y sus pieles por nuestros productos y nuestros vicios, y lo que queda de su raza desaparece poco á poco embruteciéndose. Dentro de algunos años, estos desdichados habrán cesado probablemente de contar en la existencia; el elemento inglés habrá absorbido el Norte, el elemento español, mas numeroso allí que en la madre patria, llenará el sur con sus repúblicas ó sus imperios difíciles de consolidar, y el salvaje no existirá ya mas que en el estado de leyenda.



XII

EL CONDOR

Cuando nos separámos de las caraibes para bajar hácia el oeste en donde, poco descosos de atravesar las regiones vecinas al Brasil, habíamos resuelto embarcarnos para volver á nuestra patria, costeámos no sin pesar esas pequeñas repúblicas españolas que no se puede atravesar con seguridad, á causa de las guerras civiles que mantiene allí sin cesar la fermentacion de los ánimos ó la ambicion de los individuos. Por lo demás, la poblacion, nacida de la mezcla de todas las razas que han pisado el suelo, se halla compuesta de aventureros tan vanos como malvados y de

una perfidia casi proverbial. Los pocos vestigios de tribus indias que vejetan en aquellos parages sufren la influencia de esta terrible vecindad. Preocupadas de salvar su vida, estas tribus, siempre alerta, viajan armadas y dispuestas á acoger al viajero de un modo poco cordial ; si escapa uno de este peligro, las mas veces cae en otros mas terribles quizás. El mestizo de carácter feroz y solapado que no tiene domicilio y pasa su vida recogiendo el oro, fruto de sus rapiñas, que sepulta en escondrijos solitarios cuando no lo pierde en el juego, el mestizo vaga, alli y acullá, en las gargantas intransitables, siempre dispuesto á quemar su pólvora ó á desenvainar su cuchillo. Teniamos pues motivos grandes para no penetrar imprudentemente en aquellas comarcas peligrosas, no porque el oro que llevásemos pudiese tentar la codicia, pues toda nuestra fortuna consistia en letras de crédito cuyo valor ignoran aquellos, sino á causa de sus sanguinarias costumbres tan diversas de las del Norte y que, segun parece, hoy no se detienen ya en el istmo de Panamá y tienden á in-

vadirla parte septentrional del Continente.

Ya habiamos salido de la llanura, y el pais accidentado mas y mas presentaba valles estrechos cortados por gargantas erizadas de rocas y que anunciaban el suelo montuoso que predomina en todo el Oeste de la América. No teniamos dificultad en alojarnos por la noche en un antro cubierto ú dormir bajo los bóvedas de verdor; la caza nos suministraba un alimento abundante con plátanos enormes y patatas frescas que cunden en todos los terrenos firmes y aislados de las rocas.

Los manantiales de limpia agua son menos raros, ora filtren en el terreno desde los lagos superiores que se estienden al través de las montañas, ora corran, producidos por la fundicion de las nieves que cubren las mesetas circumvecinas de los mas altos picos.

El aire es el dominio de muchas razas de aves temibles, carnivoros gigantescos, y que se ciernen todo el dia á prodigiosas alturas. El tamaño de estas aves alcanza á proporciones de que no puede dar idea ningun volátil de nuestro pais y cuyo po-

deroso vuelo, apoyado en alas de 3 y aun de 4 metros de longitud, les permite llevar hasta su nido presas de una pesantez relativamente considerable. Las águilas y los buitres son débiles en comparacion de estos gigantes de los aires, y sus bandasse retiran ante las tribus de estos terribles competidores. Aludimos aquí al condor cuyo nido se ostenta sobre las rocas hendidas en las mas altas cimas de las montañas. Un dia fuimos testigos de la audacia de estos furtivos cazadores.

Acababamos de pasar la noche en las orillas de un valle estrecho y que formaba una especie de precipicio entre dos altas colinas, un hilo de agua cristalina corria entre dos riberas cubiertas de yerbas, y un ganado de gamos que no nos apercibia apagaba su sed en la cristalina agua. Estos graciosos animales retozaban indolentes, ágiles cervatillos se perseguian describiendo al rededor de sus madres curvas rápidas é interrumpidas por saltos de prodigiosa ligereza. De repente una masa enorme cayó desde la altura de los aires sobre estas inocentes criaturas ; el ganado

se puso á huir hácia donde nos hallábamos, pero no tardamos en apercibir la masa elevarse con lentitud, llevando en sus crueles garras una victima. Gracias á su pesado vuelo, tuvimos tiempo de preparar nuestras escelentes carabinas y de apuntarle con comodidad ; le dejamos elevarse pues hasta una altura de 30 metros, Ivon que era el mejor tirador apuntaba á la cabeza, el abate y yo á las alas. Cuando el anciano Breton juzgó el momento favorable dió la señal y nuestros tres disparos se mezclaron como una sola y misma esplosion. Al través del humo de nuestra pólvora vimos al pirata de los aires agitarse un momento, despues describir una curva laboriosa y caer finalmente, sin soltar su presa, en medio del valle. Acudimos al momento en aquella direccion despues de haber cargado, por prudencia, nuestras armas.

Luego que nos acercámos, nos fué fácil reconocer que habiamos tenido buena punteria. En efecto, el pico del condor roto por la bala de Ivon se separaba, mostrando su horrible herida ensangrentada, y sus

dos alas estendidas, despedazadas por la bala del abate y por la mia, azotaban la yerba con convulsivo estremecimiento ; no le quedaban intactas, en su armadura, mas que las garras poderosas que estrechaban con rabia el cadáver de su víctima. En suma, ninguna de sus heridas era mortal.

Iba yo á lanzarme para apoderarme de este monstruo, cuando exclamó Ivon ;

— ¡ Quieto ! Mariaker ; es mas prudente acabar con él, si no quiere probar V. la punta de sus garras.

El condor, en pié sobre su víctima, que él no cesaba de magullar con sus dos patas, nos miraba con sus amarillos ojos, mas irritados que espantados. El anciano Breton preparó su carabina para terminar con él y le alojó su bala en el pecho. Le vimos caer sobre el costado y soltar esta vez su presa. El pobre cervatillo no vivia ya hacía mucho tiempo, las garras de la terrible ave lo habian apretado de un modo tan cruel en el crucero y los costados, y sus garras habian penetrado tan profundamente en su cuerpo, que debia estar ya muerto cuando derribámos á su raptor. Esto no hacia

ya el menor movimiento. Le medimos de una estremidad del a'a á la otra; el monstruo tenia diez pies de longitud, es decir, 3 metros, 33 centímetros, y el cervatillo pesaba entre seis y siete kilógramos, ó sean 13 libras de la antigua medida francesa. Era un animal gracioso y vimos no sin pesar este cadáver inmóvil que saltaba un cuarto de hora antes con tanta gracia al rededor del riachuelo mismo en que habia encontrado la muerte. Por mi parte sentí enormemente no haberle libertado. Habria tenido la mayor dicha á dar muerte al raptor con provecho para la víctima; al menos la muerte de aquel no habria sido inútil.

Es preciso no pensar ya en eso... De todos modos, el dia no fué alegre para mí y durante todo el camino pensé con tristeza en el pobre cervatillo é Ivon repetia al abate: — Mariaker está hoy de mal humor.

XIII

LA MISION

Así cómo los países explotados por el comercio llaman la atención por lo áspero de los instintos salvajes de los habitantes de los territorios que circundan los depósitos, del mismo modo los pueblos que rodean los establecimientos fundados por los misioneros son reputados al contrario por la dulzura de su trato, la calma de sus costumbres patriarcales y la cordialidad de sus relaciones.

Desde que pisábamos el suelo del Nuevo-Mundo, nuestro mayor deseo era llegar, al fin de nuestras exploraciones, á un ángulo ignorado, evangelizado por alguno de esos

dignos sacerdotes y permanecer allí antes de volver á nuestra patria. Habiamos huido los países del centro en que la política aprovechábase de las conquistas de la cruz se ha entronizado con sus pasiones y sus cálculos allí donde Jesucristo habia sembrado la buena nueva y la vida tranquila, dulce y de virtud.

No quedámos pues poco sorprendidos una noche, al salir la luna, al oir el toque del Angelus en medio de los otros murmullos de la tarde, absolutamente como en nuestra cara Bretaña. Nuestros caballos descendian lentamente la pendiente de una colina escarpada, apercibiamos en el fondo del valle la aguda punta de un pequeño campanario al rededor del cual se agrupaban las casas del pueblo ; se habria creido que se trataba de un lugar solitario y perdido del antiguo Poetú.

No deciamos una palabra, pero la luna que se cernia sobre el paisaje, alumbraba los rostros conmovidos del abate y del anciano Breton, y al través de mis propias lágrimas no me fué difícil ver correr iguales sobre el rostro bronceado de Ivon.

El camino atravesaba por barrancos profundos sobre los cuales habian lanzado puentes de troncos de árboles cubiertos de guijarros y de tierra ; en la base de la colina, un riachuelo rápido, que descendia de las montañas, formaba una cascada natural que rodaba borboteando su argentina espuma hasta el fondo del valle, en donde su cauce, ensanchándose en medio de la pradera, bañaba las últimas casas del pueblo que rodeaba en su sinuosa corriente. Algunos Indios católicos, cubiertos desde a cintura con su paño de algodón y con sombreros de paja de arroz, que les daban un aspecto aun mas conforme con el tipo tan conocido de nosotros, abandonaban cantando sus tareas agrícolas y se dirigian á sus cabañas, con el azadon sobre el hombro, ni mas ni menos como el primer cultivador venido de la Solonia ó del Berrí. En cada lado del camino que recorriamos, liso ahora como un camino real, se estendian jardines en pleno cultivo, arrozales y campos. Se creeria que la varita de un hada acababa de transportarnos á un punto agreste de nuestra vieja Europa.

El mas dichoso de nosotros tres era nuestro querido abate.

¿Cual no fué nuestra sorpresa cuando al llegar frente á la iglesia de la mision vimos á los padres sentados bajo una especie de tila, rodeados de las mujeres y de los niños del pueblo al que venian á unirse los hombres á su llegada? ¿Cuál no fué nuestra emocion al oir recitar en francés la plegaria de la tarde tal como habiamos aprendido á balbucearla nosotros mismos? Nos apeámos de nuestros caballos para unirnos de un modo mas íntimo á esta poblacion recogida, y mezclámos piadosamente nuestra voz á los acentos de este cántico tan conocido que parecia ser el complemento de esta ceremonia de familia :

Vierge Marie
Daigne sourire à tes enfants
Mère chérie
Reçois leurs chants. etc.

El traje del abate no habia dejado de llamar la atencion de los Reverendos padres, pues eran dos para catequizar á aquel feliz pueblo, un anciano venerable y un

sacerdote joven, Luego que terminó la plegaria, vinieron á nosotros para tender-nos la mano y ofrecernos la hospitalidad ; pero nuestra alegría fué completa cuando el abate reconoció en el joven sacerdote á uno de sus mas queridos amigos que habia recibido las sagradas órdenes el mismo dia que él y de manos del mismo obispo en la catedral de Quimper, y á quien creia perdido en las misiones peligrosas de la Cochinchina, martirizado quizás.

La casa del párroco se elevaba á pocos pasos de la iglesia, de la cual no se hallaba separada mas que por un cuadro provisto de las mas esquisitas flores. Era una casita construida, como la iglesia, de ébano y ladrillo, en que no se habia economizado el espacio ; el ajuar era muy sencillo ; la mansion era rústica, en toda la acepcion de la palabra, rodeada de soportales en que los Reverendos padres habian instalado talleres de trabajo. Allí enseñaban á los Indios jóvenes los elementos de los oficios practicados en Europa: habia pequeñas fraguas, bancos de carpintero é instrumentos de horticultura.

Queríamos^{as} verlo y saberlo todo, pero el anciano sacerdote nos dijo:

— Hay tiempo para todo y debeis tener necesidad de descanso y de alimento.

Mientras nos sentabamos á la mesa, unos jóvenes Indios se habian apoderado de nuestros caballos y los cuidaban, y se ocupaban en llevar nuestros bagages á la habitacion que nos estaba destinada; el abate y su amigo conversaban de los recuerdos de su infancia y de sus camaradas del seminario, Ivon y yo hablabamos con el venerable rector cuya afabilidad aumentaba su hospitalidad tan cordial. Referianos de qué modo habia venido, treinta años antes, á crearse en este delicioso sitio una querida y numerosa familia, y cuánto le amaban sus feligreses á quien él adoraba.

Teniamos una comida frugal que nos pareció deliciosa, pues viviamos hace algunos meses de carne de monte; saboreabamos con placer leche, frutas, gallina y pan... pan sobre todo, que el plátano asado puede recordar pero no lo reemplaza. Al fin de la comida, regada con una bebi-

da fresca hecha con el agua del riachuelo y los bagazos de las vendimias, bebimos un vino delicioso cosechado por los padres mismos, como esplicarémos dentro de un momento. Servia la mesa un Indio de unos quince años, dócil y respetuoso y que ejecutaba su tarea con una prontitud y una inteligencia notables.

Fué él quien nos condujo á nuestro aposento. A deseo del jóven sacerdote se habia arreglado un lecho para el abate en la alcoba misma del misionero; á Ivon y mí nos destinaron una habitacion para no-otros solos. Estendimonos con placer sobre colchones de hojas de maiz, y dormí el mejor sueño que he probado en mi vida.

El dia siguiente, al alba, la campana del Angelus nos despertó y bajámos á asisir bajo la tila á la plegaria comun.



XIV

LA BRETAÑA EN AMÉRICA

Los Indios vinieron á saludarnos, como huéspedes de los padres; todos hablaban francés de un modo bastante correcto, casi todos sabian leer. Cuando acabó la plegaria, se dispersaron é Ivon y yo fuimos á hacer una escursion en el valle. Debiamos estar de vuelta á las siete de la mañana y apenas eran las cuatro. Dejámos pues en la iglesia á los misioneros y al abate que aspiraba hacia mucho tiempo á la felicidad de ofrecer el santo sacrificio, privacion de que nabia sufrido enormemente durante nuestras escursiones al través de la pradera.

Ivon y yo recorrimos el valle y el territorio de la mision para examinar de cerca lo que nos habia llamado la atencion la vispera á la luz de la luna; nos creiamos mas que nunca transportados á nuestra vieja Europa; los campos de trigo, los cuadros de cáñamo, los jardines de lentejas descollaban con un vigor desconocido en otra parte que en la fértil Normandia. En la colina que miraba al oriente, una espléndida viña ostentaba sus sarmientos cargados de purpúreos pámpaños; sin los árboles de América, esparcidos aqui y acullá, como los manzanos del pais breton ó normando, la ilusion habria sido completa.

A las diez habiamos vuelto á la casa de la mision. Los talleres estaban llenos de operarios, de quince á diez y ocho años, cuyas labores dirigia un celador de mayor edad; en el extremo del jardin de los Reverendos padres, en un pequeño bosque de eбенузос que formaba un especillo delicioso dividido en espaciosas avenidas, otros Indios trabajaban bajo un soportal en desbastar la madera que otros serra-

ban en tablas. Oíase á lo lejos el martillo de los herreros ocupados en utilizar el hierro y fabricar los objetos necesarios para el pueblo.

Este movimiento, esta industria, estas comodidades, eran obra del anciano sacerdote.

— Cuando vine, hace treinta años, á plantar mi tienda en que se hallan hoy estos talleres, nos dijo, habia en la colina que forma nuestra viña unos diez wigwams cuando mas; era uno de los raros restos de la tribu de los Pawnies que los buscadores de oro han destruido casi desde aquella época.

Lo que de ella queda, disperso en grupos de dos ó tres personas, acampa aisladamente en los desiertos de la Sonora, viviendo en la miseria y preocupado de la venganza. Reuní al rededor de mi enjambre que ha formado esta colmena, encontré un pueblo confiado que me llamó el gran médico. Me fué fácil instruirlos poco á poco y conducirlos al punto en que los encontrais hoy. E tificámos esta modesta capilla, construimos este pueblo :

formamos hoy, á la sombra de la cruz del Salvador, un pequeño Estado cuyo rey le mismo que Pastor es vuestro indigno servidor. Todo es comun en él, á medida que se establece una pareja, añadimos una cabaña á las cabañas que existen, la mision suministra los muebles, y el granero comun se halla á su disposizion; no tenemos ni propietarios, ni magistrados, hay un patriarca que todos veneran y que basta á arreglar todas las dificultades: este patriarca no conoce mas que un código, el Evangelio; y vivimos felices bajo el imperio del verbo divino.

No teniamos que discutir esta teoría en presencia de los resultados de la aplicacion.

— Cuando Dios me llame á su seno, continuó el santo varon, no abandonaré por esto á mis hijos; he llamado á mi sobrino para desprenderlo de los europeos y habituarlo temprano á las costumbres sencillas de los que deberá dirigir y sostener; el pueblo prosperará, no lo dudo, y mi sobrino cosechará la semilla divina que me ha sido dado confiar al desierto.

Entrámos en la casa en donde nos esperaba el almuerzo; una colacion sencilla como la de la vispera, pero servida con escetivo esmero de aseo que aumentaba el sabor de los manjares y que sazónaba la conversacion de nuestros huéspedes. El anciano sacerdote nos habló aun del porvenir de la mision que parecia su única preocupacion en esta vida; el joven sacerdote atento no perdia una palabra de sus labios llenos de una dulce sourisa; esperimentabamos el encanto de esta lisonomia en que la austeridad de una vida pura se hallaba templada por la bondad natural cuya espresion hacen revelar la satisfaccion de la conciencia y la paz del corazon.

Habriamos querido no salir nunca de este ángulo de la tierra.



XV

LA HACIENDA

Pero todo tiene un término; la época de nuestra vuelta se acercaba mas y mas, comenzabamos á sentir la necesidad de volver á nuestras familias á quienes podia inquietar un retraso prolongado. No teníamos, para calmar sus zozobras, la facilidad de las comunicaciones rápidas, y el viaje que teníamos que hacer para aprovechar de este medio era tan difícil y tan penoso que se debia renunciar á él. Salimos pues de la mision, dejando á la comunidad lo que nos quedaba de nuestros bagages y no llevándonos mas que los objetos cuyo uso nos era enteramente

personal. Los Reverendos padres nos dieron un guia para conducirnos, en las inmediaciones, á la habitacion de Don José Primera de Corrigo para quien tenia ya una carta de un armador de S. Malo. Cuando supe que esta habitacion no se hallaba lejos de la mision, tuve una grande alegría y el abate tambien; desde que habiamos vuelto á las costumbres casi europeas, nos costaba volver, aun por poco tiempo, á las aventuras de nuestras campañas á las cuales nos habiamos entregado primero con tanto zelo y entusiasmo.

Partimos pues una mañana, llenos de bendiciones y de votos de esta pequeña y tan interesante colonia. Hacia un tiempo magnifico. Nuestro guia nos condujo por la parte opuesta á la que habia sido testigo de nuestra llegada; atravesámos al vado el riachuelo frente á un bonito molino perteneciente á la mision y que era la llave de este valle. Subimos la colina al través de senderos apenas trazados en los bosques de algarrobos, de aloes y de diversas esencias casi desconocidas en Europa.

Encontrámos cerca de aquel punto algunos Indios errantes que se cuidaron bien de maltratarnos. Eran hombres de la raza que habita el pueblo y vinieron á cambiar con nuestro guia y con nosotros palabras de amistad ; su hoguera brillaba á pocos pasos de ellos y una pierna de antilope asaba cerca de la llama. Nos confesaron que desde hacia dos dias seguian las huellas de un feroz batidor de campo que habia causado grandes males á su tribu.

Llamaron á este miserable el Buitre ensangrentado.

No pudimos menos de aceptar su hospitalidad y cuando nos pusimos en camino, se unieron á nosotros para servirnos de escolta, diciendo que el camino no era seguro con semejante bandido. Entónces quisimos despedir á nuestro guia, pero este nos dijo que teniendo órden espresa de ponernos en la hacienda, no le seria posible decir á los padres que nos hallabamos en ella si no nos veia instalados.

) Nos pusimos pues en marcha en un pequeño grupo compacto : dos Indios se

apartaron de cada lado para ir á la descubierta, siguiendo en esto las reglas de una prudencia que no es superflua en aquel desdichado pais; al atravesar el lecho seco de un torrente ahuecado entre dos rocas escarpadas, oímos el grito de un animal, al cual se puso á responder un Indio de nuestro grupo. Los Pawnies se acostaron al momento boca abajo, invitándonos por señales á arrastrarnos en el suelo si no queríamos que nos sucediera un mal. En aquel momento, una carabina se dejó oír y la bala vino á cortar una rama de ebenuz cerca de Ivon, á quien esta circunstancia milagrosa sola pudo salvar, pues hizo desviar el proyectil que sin esto le llegaba directamente. Los Indios desaparecieron en un instante, pronto oímos sus gritos de guerra sobre nuestras cabezas y el ruido de una lucha. Habian alcanzado á su enemigo.

Es mas fácil adivinar que describir lo que pasó en la meseta. Queríamos interponernos entre el criminal y la justicia de los hombres del desierto, pero Ivon nos afirmó que era inútil. En efecto, pronto

vimos el cadáver del Buitre ensangrentado atado á las ramas de un árbol que lo suspendia sobre el abismo; su craneo desollado bastaba á indicar de qué modo habia perecido. Cuando los Pawnies se unieron á nosotros, tenian el rostro impasible y tranquilo del que ha cumplido con su deber.

Separáronse de nosotros aquella tarde en la puerta de la hacienda de D. José, en donde fuimos bien recibidos y los Punchos habian hecho saber ya la muerte terrible del Buitre ensangrentado, célebre en la dradera y en la montaña, muerte de la cual habiamos sido testigos porque no habiamos sido sus víctimas. Referianse de él proezas que me recordaban las aventuras dramáticas de los héroes del capitán Mayne Reidt ó de los cazadores de Fenimore Cowper.

No fuimos recibidos por Don José sino en la noche, pues habiendo pasado en sus tierras una mañana fatigosa, con el objeto de montar sus caballerizas de caballos nuevos, prolongaba su siesta mas tarde que de costumbre. El rico colon nos re-

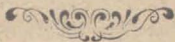
cibió con una verdadera deferencia y pudo entregarle la carta de S. Malo y la abrió con mucha presteza. Anunciónos que debíamos pasar el fin del mes con él, no sabiendo, decia, que estuviera próximo á partir para Europa otro buque que uno de los suyos que era de hélice y que transportaria al mismo que á nosotros á su hijo único, jóven de quince años, que debia permanecer en Paris algunos años.

El abate que deseaba retirarse fué conducido á su habitacion, é Ivon, que no se hallaba en su elemento, se aprovechó de la ocasion para ir á las cocinas en donde se conversaba con mas libertad de Indios, de gauchos y de praderas. El escelente hombre preferia esta conversacion á cualquiera otra cosa.

Don José y yo nos quedámos solos frente á un brasero fumando con deliciosas tortillados de primera calidad y bebiendo ese escelente grog con limon y ron que es el sorbete preferido en aquellos paises. Dijome que su hijo era un buen mozo, de corazon puro y recto, que se hallaria en

la hacienda el dia siguiente, pues habia recibido aquel dia un correo que le anunciaba su vuelta de Lima en donde acababa de hacer un viaje.

Cuando supo que habitaba yo en Paris cinco ú seis meses por año, el digno hombre me recomendò que no perdiera de vista, durante mi estancia en esta bella y peligrosa ciudad, al hijo que formaba todas sus esperanzas, y no nos separámos sino ya muy adelantada la noche, encantados el uno del otro, y despues de haber combinado todo un plan de correspondencias, despues de lo cual me lizo prometerle que volveria un dia á visitarle.



CONCLUSION

El hijo de Don José llegó efectivamente el día siguiente, y fuimos despertados muy temprano por el ruido que se hizo con este motivo en la hacienda. Fué aquello un gran rumor, pues tenían tanto que referir los numerosos criados de D. Antonio.

Pasámos unos quince días en fiestas de toda especie: cazerías, pescas y visitas á las ruinas y otras curiosidades de las inmediaciones, y pude estudiar fácilmente el carácter de este jóven que debia ser mas adelante mi amigo.

Don Antonio tenia quince años, pero estimulado por el clima que madura con

tanta prontitud todo lo que existe bajo el cielo de fuego de los trópicos, tenia ya la apariencia de un hombre y, bajo la redondez aun infantil de sus facciones se le habrian dado algunos años mas. Nos separabamos muy poco uno del otro en nuestras expediciones de las cuales no perdió una sola el anciano Breton, pero que no siguió con mucha fidelidad el abate pues tenia mucha necesidad de reparar sus propias fuerzas por un largo reposo. Con gran satisfaccion de su padre, manifestóme una preferencia instintiva que me hizo aficionar desde luego á él de un modo muy vivo; asi, me fué fácil reconocer que Don José no se cegaba en su amor de padre al encontrarle las calidades brillantes que me habia alabado con orgullo. No me fué difícil comprobarque á estos dotes naturales, mi jóven amigo reunia las calidades de una sólida educacion bien dirigida, poseia una instruccion religiosa que no carecia de profundidad y una idea exacta de las ciencias humanas, conocimientos que se proponia profundizar en la capital de la Francia.

Al cabo de quince dias, un correo vino á la hacienda á anunciar que el *San Fernando* no esperaba ya mas que á sus pasajeros para navegar hácia la Francia.

Al oir esta noticia palpité mi corazón, el recuerdo del querido pais que iba á volver á ver despues de una separacion de mas de un año tomó en mi mente formas vivas y atractivas, las costas de la Bretaña se pintaron en mi pensamiento y Paris me envió sus halagüeñas imágenes á mis deslumbrados ojos.

Don José vino á presidir él mismo nuestro embarque, me colmó de presentes y me recomendó que no olvidara mis promesas.

Levantamos el áncora, y despues de dos meses de la mas agradable travesía, desembarcámos en S. Malo.

FIN



INDICE

Introduccion.	5
I Preliminares.	8
II La pradera.	13
III Los primeros indios.	18
IV La caza.	25
V Los Sioux ó Dahcotas. — Partida. .	35
VI Los pies negros.	41
VII El caballo rápido.	48
VIII Peregrinacion.	56
IX Panorama.	61
X La Bola.	66
XI Combate general.	73
XII El Condor.	78
XIII La mision	85
XIV La Bretaña en América.	92
XV La hacienda.	97
Conclusion.	104

